

Editorial

Se ha cumplido el bicentenario del nacimiento del filósofo polaco August Cieszkowski (1814–1894). La importancia de su figura y la actualidad de su pensamiento solo se pueden apreciar desde el retorno del interés por la religión en la cultura contemporánea. Un retorno observado y confirmado por varios filósofos, empezando por Jürgen Habermas y sus afirmaciones acerca de la época post-secular. En este retorno, se destaca especialmente la relación entre el tiempo (y su experiencia por parte del hombre) y la religión. Cieszkowski, con su reflexión en torno a la dimensión temporal de la religión, dejó sugerentes desafíos intelectuales que no quedan al margen del actual debate ciencia-fe.

Como resulta bien conocido, el modo de filosofar de Cieszkowski se inscribe no solo en el marco del debate con el hegelianismo dominante en su época (de ahí sus reflexiones en torno a la historiosofía) o con la cultura afectada por la razón ilustrada. Su atención como filósofo se dirige al carácter universal de la experiencia religiosa. El verdadero progreso de la humanidad, según él, no consiste en seguir el proyecto ilustrado que pretende derivar la religión de la vida del hombre, pues la religión, en el fondo, es un ‘nervio de la existencia’, como explica en su obra titulada –de forma sintomática– “Padre nuestro”. La religión es necesaria para poder comprender la historia en su totalidad, porque aporta la mirada intuitiva sobre el orden del universo, su fin y la sabiduría que se realiza en la historia. No obstante, se debe subrayar que, si bien Cieszkowski parte de la idea

cristiana de la religión, sin embargo su idea de creación es marcadamente monista y fundamentalmente panenteísta.

Pero, sin duda, su comprensión de la religión es mucho más que una mera exhibición de opiniones pasadas. Abre una serie de preguntas muy actuales sobre la relación entre la religión y la cultura, comprendida en un sentido amplio en el que se incluye también la ciencia. La actividad de Cieszkowski se inscribe en la época del post-idealismo de Hegel; una época en la que se intenta recuperar lo empírico, la misma naturaleza y el interés por la realidad. Resulta llamativo que en el siglo XIX se intenta hablar de religión en un idioma diferente, nuevo, capaz de expresar lo complejo de la experiencia histórica del hombre. En este sentido, Cieszkowski es un testigo privilegiado de la necesidad de repensar lo fundamental buscando siempre una manera más precisa de expresión.

En la historia de la filosofía, Cieszkowski es conocido por su “teoría de la acción”, que desarrolla con anterioridad a Maurice Blondel. Para el filósofo polaco, la acción es una síntesis del ser y del pensar, y está enraizada en la comprensión de la creación del mundo como resultado de una acción libre de Dios, que le da un sentido. A través de la acción, el hombre se hace responsable del futuro del mundo y se inserta en el obrar providencial del mismo Creador. Quizás, por este motivo, nuestro autor no ha sido un filósofo “de despacho”, sino de auténtica acción, que se involucra en los diversos ámbitos de la vida social, económica y científica.

Los tres artículos que publicamos en la sección dedicada subrayan diferentes aspectos del pensamiento de Cieszkowski. Cada uno puede convertirse en un buen punto de partida para el debate contemporáneo sobre la relación entre la fe cristiana y su papel en el desarrollo de la ciencia.

Desde la revista “Scientia et Fides” queremos recordar su aportación, sobre todo, por ser representante de una relevante corriente filosófica del siglo XIX, pero, al mismo tiempo, porque se enfrenta a cuestiones decisivas e inspira una reflexión que no pierde actualidad en nuestro tiempo. Su afán por encontrar una vía de diálogo entre ciencia y fe merece una particular atención porque, aunque su comprensión de la religión no resulta libre de ambigüedades, supone a pesar de todo un intento de crear una cosmovi-

sión completa y convincente. Siguen teniendo gran importancia hasta el día de hoy sus reflexiones acerca del papel del espacio y el tiempo en la comprensión de la religión.

“El hombre de la cultura contemporánea –escribe Szulakiewicz comentando las ideas de Cieszkowski– descubre que el espacio es demasiado estrecho para la infinitud. El lugar (espacio) ya no trae consigo un misterio [...]. Podemos pensar que estamos ahora buscando nuevas condiciones de la experiencia religiosa en la que el ‘Dios remoto’ (del espacio) se convertirá de nuevo en el ‘Dios con nosotros’ (en el tiempo). Este ha sido el sueño de Cieszkowski”. Su gran ilusión era unir antropología, ciencia y religión, buscando aquellos caminos –que nunca son fáciles, porque exigen la *audacia fidei*– que den crédito a esta gran esperanza de la humanidad.

Piotr Roszak

Javier Sánchez-Cañizares